



*León Joseph Marie Ignace Degrelle (Bouillon, 15 de junio de 1906-Málaga, 31 de marzo de 1994) fue un escritor y político belga que participó en la Segunda Guerra Mundial al lado de las potencias del Eje y que, una vez finalizada ésta, vivió refugiado en España durante décadas. Su único libro verdaderamente inédito era, hasta 1996, Mi Camino de Santiago, pero gracias a la colaboración de su esposa, Juana Brevet de Degrelle, que permitió acceder al manuscrito, ha podido publicarse en dos ocasiones. La obra, al margen de su mayor o menor valor literario, resulta muy atractiva para todos los aficionados al Camino de Santiago, pues tiene estructura de diario, lo que permite seleccionar las etapas del recorrido que más interesen. Es precisamente lo que hemos hecho nosotros, de manera que, pensando en la mayoría astorgana de nuestros lectores, reproducimos a continuación lo que Degrelle cuenta en Mi Camino de Santiago sobre el tramo León-Ponferrada, realizado entre los días 10 y 13 de julio de 1951.*

*Agradecemos a la Editorial Ojeda el permitirnos publicar esa parte del libro.*

MARTES, 10 DE JULIO

¡Otra vez la mala noche habitual! Cena nunca pronta, que se sirve a las once; personas que vociferan hasta las dos de la madrugada. Y después, siguen los «brutos» que llegan de tres a cuatro de la madrugada, conversando, como si tal cosa, a voces desenfadadas, en el pasadizo y en el portal de sus casas. Verdaderamente, este pueblo no tiene ni educación ni, sobre todo, espíritu social. A cada cual le importa un rayo el perjuicio causado a los demás y la hora que sea.

Larga etapa la de hoy: 35 kilómetros. Parto temprano. Nuevamente he pasado por delante del bello palacio (es más palacio que hospital) de San Marcos y luego he vuelto a tomar el camino hacia el campo. El paisaje bastante trivial; mientras no se llegue a las montañas pienso que será así; pero, desde pasado mañana, calculo que ya llegaré a las altas montañas.

Me encuentro con una bonita iglesia dedicada a la Virgen en el camino, que guarda también una ingenua leyenda.

Después, he llegado a un pueblo, Villadangos, donde la vieja iglesia (¡me ha costado poner en movimiento al cura con su llave!) contiene tres graciosas esculturas populares de Santiago y sobre el tributo de las cien «doncellas» (¿te acuerdas de los cuatro toros de Carrión?)

Y finalmente, Puente de Órbigo. Digo, por fin. Pues fue penoso llegar hasta ahí. Mis dolores sobre la rodilla derecha no han cesado, a pesar del día de semi reposo que he pasado. Al cabo de quince kilómetros de caminata, han

vuelto, muy punzantes, impidiéndome, desde entonces, hacer más de tres o cuatro por hora.

Está muy hinchada la zona. Una vez quieto, durante una hora, después del almuerzo, pasan, pero son tres veces ya, consecutivamente, que han vuelto. He debido pisar algo. Si no se arregla antes de llegar a la montaña, no será nada placentero subir así, por picos de dos mil metros. A veces siento como un pinchazo tan doloroso que me tira casi al suelo. Pero, en fin, me consuelo pensando que estos pequeños contratiempos forman parte de la peregrinación y que mis predecesores también los tuvieron. ¡Esto da ambiente!

Algunas palabras sobre Puente Órbigo. Me alojo en la «taberna», que es, al mismo tiempo, la tahona, y donde mi habitación está limpia (estoy solo). Pero la gloria de Órbigo no es esto, es el extraordinario duelo que mantuvo un caballero de León, muy afrancesado, en 1434. Me lo imagino al provocar el torneo, con la ruptura de hasta trescientas lanzas, con todos los caballeros peregrinos que atravesaran el puente. A todo lo largo de la peregrinación había visto magnificar el torneo, tanto en las esculturas del claustro de Pamplona como en las de León, sobre una encantadora talla esculpida en madera dorada en San Marcos e, incluso, en los cuentos de la catedral de Santo Domingo de la Calzada. ¡A los canónigos les pagaban mucho dinero por la organización de estas justas!

Aquí, pues, a la entrada del puente, bajo la mirada sorprendida de las damas, el susodicho caballero luchó, durante treinta días, contra sesenta y ocho caballeros alemanes, italianos, franceses, portugueses y españoles. Un caballero aragonés murió ahí.

A continuación, terminadas las festividades, y... con las trescientas lanzas partidas, el caballero tan guerrero partió, también él, hacia Compostela, y ofrendó al Apóstol, el brazalete de oro con que lo había galardonado, por sus victorias, la dama de su corazón y que llevaba grabado el siguiente texto en *francés*:

*Si a vous ne plaît de avoyr mesure,  
Certes je dis  
Que je suis  
Sans venture.*

Esta peregrinación a Santiago colma verdaderamente todo:

*La sed mística*, con toda su proliferación de milagros, de iglesias, de obras de arte, transformando en real lo espiritual.

*La epopeya*, con la leyenda inmensa de Carlomagno conectando con el maravilloso Divino, fundando en El, a lo largo de todo el camino, su gesta.

Y *el espíritu caballeresco*, no sólo por este hecho, sino también por otros diez. Pues estas narraciones son sobre hechos relevantes, llevados a cabo por caballeros europeos en camino hacia Compostela, que, precedidos de un heraldo, iban celebrando torneos a lo largo de toda su ruta.

ASTORGA, MIÉRCOLES, 11 DE JULIO DE 1951  
21ª ETAPA. 680 KM - CARTA 21

Escribo. Lo que veo. Pero, independientemente, esto va mal. Mal completamente. Toda la maquinaria resopla. Desde el sábado último estoy constipado, toso, tengo fiebre. En pocas palabras, creo que mañana no podré reanudar mi camino. Además, tengo las piernas duras, como de madera, y un talón muy dolorido. Ahora bien, precisamente, la de mañana, es la etapa más dura de toda la peregrinación, es preciso subir, durante dieciséis kilómetros, de un tirón, es la ascensión completa a las grandes montañas. Teóricamente, quiero detenerme luego de trascurridos treinta o treinta y cinco kilómetros. Pero hay una distancia de sesenta y cinco hasta Ponferrada. Debo caminar atravesando bosques, montañas, landas y se dice por aquí que en su trayecto es completamente imposible encontrar alojamiento. Es preciso hacerlos en una etapa. Por otra parte, nadie los ha hecho jamás, y en las viejas crónicas se decía que no valía la pena arriesgarse y recorrerlos por lo que hoy es la actual carretera.

Este viaje es terriblemente duro, incluso aún más duro que en aquellos tiempos, cuando los peregrinos eran atendidos por todas partes, alojados, cuidados, se les lavaban los pies con hierbas medicinales y se les mimaba. Y después, todos iban en columna, con caballos y mulas sobre los que montaban por turno. Las grandes etapas se hacían, con frecuencia, en su totalidad cabalgando sobre caballos, alquilados para este propósito.



Propietario del Hotel Moderno con sus hijos en 1925. Ángel Herrero es el niño que tiene la camisa blanca. Colección Fernando Alonso García

Troto sin descanso, no recupero fuerzas en ninguna parte, dado el estado lamentable de las fondas de hoy. Se añade, además, que hacen un frío y un viento insoportables, alucinantes. He realizado toda la etapa de hoy contra un verdadero vendaval. El viento sopla, me clavaba sobre el sitio, no me dejaba avanzar; un viento del noroeste, áspero, siberiano. Ya desde esta mañana estoy en las montañas. Acabó la gran llanura de trigales. Ya veo pomaradas, repletas de manzanas verdes. Asciendo durante kilómetros. Pero éstos no son todavía más que los preliminares, todo era aún bastante suave.

El espectáculo lo tuve bruscamente y me ha consolado de todo, cuando en una curva de la carretera montañosa, se me apareció, tan sólo a cinco kilómetros, debajo de la cadena de los montes nevados, azules o rosados, la ciudad de Astorga, espléndidamente levantada en la ladera, con su gran catedral rojiza y verde, sus murallas y sus torreones, al menos lo que de ellos queda después de los asedios de Napoleón.

Debajo, mucho verde, álamos, manzanos...

Bello espectáculo. Lo he absorbido lentamente, como un gastrónomo mudo.

Tuve la suerte de ir a parar a un hotel<sup>1</sup> que no estaba mal: hay una bañera<sup>2</sup> y, por fin, he podido darme un baño. Uno de los hijos del dueño del hotel<sup>3</sup> es un tipo colosal, de 35 años, apasionado por el arte y por la historia, que, sin que yo le haya pedido nada, me ha acompañado, cuando me iba cojeando, hacia la catedral.

Hemos visto, en primer lugar, una cosa que yo conocía por la Historia del Arte, que no creí que fuese a llamarme la atención y que me ha interesado mucho: el palacio construido hace cuarenta años (así, pues, en el peor período) por el Obispo. Pues bien, es muy destacado, construido con magníficos materiales, lleno de aciertos y de adaptaciones originales del gótico a la arquitectura moderna.

Está deshabitado, pero hay un conserje a quien mi hotelero conocía muy bien. En las criptas se han reunido muchas bellas piedras viejas, romanas y románicas. Imagínate que, aún allí, he vuelto a encontrar la misma escultura que bajo la cruz de Frómista, pero esta vez con un «atributo» mucho más gigantesco. Parece un tipo con tres piernas, para terminar... E incluso la escultura, que está en esta vieja cornisa descolgada de alguna antigua iglesia románica, a sólo veinte centímetros de la nariz de los visitantes, en el palacio del Obispo, resulta bastante chocante.

Catedral gótica, con añadidos del Renacimiento muy importantes. Bien conservada, a pesar de los cañonazos franceses. Un gigantesco retablo de madera preside el altar del siglo XVIII, un período que a mí ya me gusta menos. Después, en el centro de la catedral, cortando la perspectiva, el «coro» de los canónigos frioleros: pieza gótica enorme en un perfecto estado, con centenares de esculturas. Muchas pequeñas escenas adorables de frescura: jugadores de cartas, transporte de pan, un fraile que se echa una copita al colete directamente del tonel... Después, una vez más, y ello comienza verdaderamente a intrigarme, una escena erótica absolutamente increíble en un coro y... bajo el trasero de un canónigo. Dos cuerpos desnudos, acoplados el uno en el otro, con la boca donde tú... ni te imaginas. En una sala de fiestas especial de Montmartre es posible que se pudiera presentar una obra de arte semejante. Pero aquí, aportada por no se sabe qué mano piadosa, bajo la mirada de no se sabe qué bigote, tan crudamente expuesta, no lo comprendo. ¿Cuál es la razón de tales esculturas? ¿Aquí?

Por el contrario, pocos recuerdos de Santiago: una estatua moderna, bastante fea. He descubierto también un bellísimo retablo flamenco.

Después, he callejeado (¡pero qué lástima con el talón tan dolorido!) por las viejas calles pintorescas, con soporales de pilares de madera; en lo alto, el Ayuntamiento, que es un bonito conjunto plateresco, con una pareja local, muy folclórica, a tamaño natural, que sale a anunciar las horas, como en Flandes.

Cerca de mi hotel se ha erigido un enorme león estrangulando al águila napoleónica, levantado a la gloria de

los muertos habidos en estos dos famosos siglos durante un período de ocho meses. Pues bien (esta batalla está inscrita en el arco de triunfo), en total, ¿sabes cuántos muertos españoles están en la lista? Nueve. En aquel tiempo, las guerras y la gloria aún se realizaban a veces a buen precio.

PONFERRADA, VIERNES 13 DE JULIO DE 1951  
TRAS LA 21ª (?) ETAPA 744 KM - CARTA 22

Te escribo desde la famosa Ponferrada.

De hecho, llegué aquí ya ayer. He recorrido toda la leonera en una etapa: montañas de 1490 m (dos veces), desfiladeros, bosques y... ¡64 km! Sí, ¡64 km! No importa que sobre el mapa pueda verificarse la distancia que separa Astorga de Ponferrada. Pues de hecho es más, dado que el hotel está (¡horror!) cerca de la estación, a dos kilómetros, y en carretera se hacen numerosas interrupciones. En realidad, todo ello, lo que representan, son 70 km.



Curz de Ferro. Colección Fernando Alonso García. Foto Amalio Fernández, aprox. 1930

Tuve una clase de milagro farmacéutico.

El joven posadero, a quien le expliqué que tenía los músculos tan muertos como si fueran de palo, me frotó con una crema del lugar: «Linimento de Hércules». Como si Hércules estuviera, evidentemente, involucrado...

Era necesario seguir friccionando. Lo hice tres veces. ¡Cada vez la impresión que me producía era la de tener todos los músculos que chispeaban! Pero al terminar toda la flexibilidad había sido devuelta, como si pudiera ya ganar, sin remisión, la etapa de los Pirineos del Tour del Francia.

Habría podido echar un sueño todo el día de mañana, incluso sin incidente, pero un chófer, antiguo combatiente de la División Azul, que come en el Hotel, por la tarde me reconoció, por lo que avisé al hostelero. ¿Qué hacer? Imposible negarlo. Además, al anunciarme que sería el invitado de honor del hotel -¡no me han dejado pagar una perra!-, tendré que ponerme de punta en blanco como una «toalla». En resumen, no me queda otro remedio que salir pitando.

Quiero aquí, y ahora, detenerme en el antiguo camino de los peregrinos; bendigo al cielo por haberlo hecho. Ha sido un viaje maravilloso, grandioso, salvaje como hace mil años.

Allá abajo, durante los primeros kilómetros, estaba el alba naciente. Era la hora en que los segadores, por familias enteras, cortaban, con las hoces, los dorados trigos,

entre los que parecía también brotar, por aquí y por allá, una vieja ermita con porche cubierto, que resultaba muy pintoresca.

Las grandes montañas azules izaban en el cielo sus nieves, cada vez más cercanas.

Después, comienza la ascensión, entre grandes revueltas de millares de pequeños robles, canijos, altos como arbustos; también hay brezo y, sobre todo, grandes masas violetas. Miles de ovejas, sí, a millares, rumiaban una hierba grasa, nacida en las cuencas donde discurrían riachuelos vivos y que se esparcían sobre la esponjosa hierba, aparentemente cortada, corta, pero ¡me he hundido de un golpe hasta las rodillas! Maldita gracia, y triste espectáculo que, sin duda, contribuiría a enloquecer, un poco más tarde, a los salvajes de los caseríos perdidos en los montes. Pero qué hierba, así segada, más bonita, y qué espléndidas ovejas, blancas, excepto algunas, que eran completamente negras, como si fueran los curas del rebaño. Las esquilas sonaban. Los helechos sentaban bien. Se subía.

Un primer pueblo, El Ganso; un segundo, a mi costado, Rabanal del Camino. Se acabaron las construcciones de tierra. Aquí, de nuevo, como en Navarra, los grandes caserones son rechonchos, de piedra, con los tejados de cañas sobrepuestas, por ambos lados, de las enormes piedras. Se palpa la lucha contra la naturaleza hostil, contra la nieve espesa de los interminables meses de invierno,- los pueblos están resguardados sobre sí mismos, como a la defensiva.

A continuación, entre las once de la mañana y la una de la tarde, bajo un sol implacable, era necesario emprender la gran subida, ocho kilómetros, dejando las plantaciones. Pero qué espectáculo. En cada curva del infame camino pedregoso, el panorama era más bonito, todo se veía rosa (las tierras desnudas o vueltas) y verde (los montes cubiertos de pequeños robles y helechos). Vista grandiosa, infinita, un mundo entero, y cada vez más ancho, más vasto, recompensando con creces el esfuerzo.

Además de que, extasiado por el espectáculo patético que ofrecía la cima, en estas dos horas, ¡ya había andado los mil kilómetros del viaje!

En lo alto anidaba el pueblo de Foncebadón, junto al Monte Itero<sup>4</sup>; pequeño pueblecito completamente negro (la piedra es pizarrosa), con extrañas casas hechas de planchas negras, casi totalmente cerradas, con los tejados bajos, de paja, también negruzca, amarillenta (y esto queda

bonito, es la única mancha de color) a veces de una brazada de reparación dorada. Pueblecito cerrado. Aldea porfiada. Pequeñita. Sin embargo, aquí había hospitales y asilos, poderosamente «dotados». Tanta magnificencia se debe a que aquí, en el año 942 (hace más de mil años), se celebró, durante el reinado de Ramiro II, un... ¡concilio! ¡He aquí, al menos, a prelados que querían tener, desde lo alto de estos montes, bajo sus miradas, el panorama de la Cristiandad! Es que ahora, hacia el este, pero también por el Sur, por donde yo había llegado, uno se sumergía en aquellos paisajes de los valles rosas y verdes, de montes azules con nieves relumbrantes, de cielo soleado con las nubes en flor.



El Acebo. Colección Fernando Alonso García. Foto Amalio Fernández, aprox. 1930

Pero el pueblo del Concilio no era más que un caserío negro, mudo, cerrado, *hostil*. He intentado inútilmente -en diez casas- tratar de comprar dos huevos crudos. Esfuerzos vanos. Hay sólo una «taberna», una casa donde se despacha vino (nada más), pero no hay ni una ínfima tienda. Un campesino, que estaba delante de su puerta, ¡ni siquiera ha intentado abrírmela! La «copita», la única «copita» que podría haber tomado en 64 kilómetros, ¡no la he cado!

Una mujer me precedía por el camino. Intento, marchando más deprisa, acercarme a ella, pero cuando ya me aproximaba (estaba aún a 50 metros), *desapareció* lanzándose por medio de las retamas y las zarzas de un terreno verdaderamente impracticable.

Estaba atónito.

¡Imaginas, entonces, lo que podía tener de absolutamente impensable mi proyecto de hacer la etapa por estos lugares! Pero no había otra solución -esta cresta estaba justo a medio camino- que intentar realizar la otra mitad del trayecto, hasta Ponferrada.

¿Pista? Esto ahora no era más que una senda, a menudo borrada. A las afueras del burgo, cerca de una vieja muralla con un bonito arco románico, último vestigio de los famosos tiempos, pregunté a los chiquillos. Estos me equivocaron. Debí utilizar mi instinto. Por suerte, rápidamente me di cuenta de que me dirigía demasiado hacia el noreste y que, en lugar de atravesar las montañas y los picos, de frente, los iba a rodear completamente<sup>5</sup>.

Pero el paisaje era tan hermoso que igualmente me dejaba seducir. Querida, imagínate la montaña de Auclin, en Bouillon, multiplicada por cuatro. El sendero descendió durante una hora, zigzagueante, sobre los trozos de piedra caliza, en medio de un paisaje embalsamado de

brezos, de retamas olorosas, de helechos, de millares de robles cortados. Después, en lo más bajo, llegué a un gran arroyo brincador entre las piedras (¡parecía totalmente ardenés!), ribeteado de estrechos heniles, con el heno, aún verde, secándose al sol. Se volvía. Se remontaba. Se cruzaba por encima de pequeños puentes hechos de vigas y de gavillas. Silencio, soledad extraña, embargable. He seguido durante dos horas el curso de este arroyo sin ver a nadie. ¿Comer? Felizmente había traído de Astorga un zoquete de pan. Me apresté a comérmelo junto a una cascada sonora, llena de libélulas, mojé mi mendrugo de pan en sus aguas cristalinas y me supo a manjar de reyes.

Hasta ahí había llegado el protocolo. Me había quitado los pantalones, completamente marrón-rojizos por el barro de las ciénagas, los lavé, y me paseé, alrededor de las peñas, vestido con unos graciosos «calzoncillos» ¡de lechuguino de la época grande! Después, he vuelto a reeditar el truco que había utilizado en León y me los he vuelto a poner mojados, encargándose el sol de secarlos sobre la marcha.

En un rodeo del desfiladero (¡profundo! Estas montañas enormes se alzan, raudas a los dos lados, hacia el dorado cielo), apareció una encantadora capilla de piedra, cubierta con enormes pizarras. Fue una falsa alarma. No era más que parte de un caserío con seis o siete pobres casuchas negras, cuyas gentes viven de cuatro legumbres cosechadas en la estrecha claridad y de las orlas de heno que había visto más arriba.

Era preciso continuar aún durante dos horas (atravesaba desde hacía tres horas y media este valle) para llegar al mundo civilizado de Molinaseca. El agua era de una limpieza sublime. Después, el sendero se dirigía hacia la derecha, hacia el oeste, así, pues, iba en la buena dirección, remontando toda la montaña (¡qué calor!), pelada, aguda. Me crucé con «segadores» que trabajaban en sus pequeños prados de trigo; una vieja que estaba, completamente sola, cortando su trigo, con su mula al fresco bajo un nogal. Un fuego de montañas lanzaba, al asalto de la costa, sus llamaradas igual que si fueran grandes y hermosos perros rojos, ávidos y silenciosos. Una espadaña, una iglesia sobre su otero de grandes piedras, las viñas del valle. No me quedaban por recorrer más que ocho kilómetros hasta llegar a Ponferrada, los más duros, pues no veía en derredor bellos paisajes como para entusiasarme y la carretera, otra vez civilizada, no era más que un montón de gruesas piedras sobre las que los pies rabiaban terriblemente.

Pero al fin, a las ocho de la tarde, tras trece horas de caminata en total, me encontraba ya en el hotel, un hotel supermoderno<sup>6</sup>, con 400 habitaciones, cada una con cuartos de baño, con ducha y teléfono en la alcoba, y el bulli-cio de todo el mundo turístico, que haciendo ahí un alto, se dirigía hacia la montaña o hacia el mar.

Visité la ciudad, la vieja ciudad (pues el hotel donde estoy parando está cerca de la estación, en la ciudad nueva), encaramada sobre su suelo de rocas, con su fabuloso castillo-fortaleza, a la vera de un caudaloso y poderoso río negro como de mármol, de haberse lavado ahí durante siglos el carbón de las minas próximas. Pero esta agua negra, rápida, lustrosa, impresionante, me evocaba a Dante. El castillo fortaleza era la antigua gran ciudadela de los Templarios encargados de proteger, en todas estas



Molinaseca. Colección Fernando Alonso García

montañas, los caminos de mis predecesores, los «peregrinos». ¡Pobres Templarios, perseguidos, cazados! Y pobre ciudadela, donde la vista -es muy bonita- da al gran río y a uno de sus afluentes y se pierde entre las grandes montañas, pero donde todo, ahora, no es más que miseria y abandono. Para visitarlo he tenido que dirigirme al Ayuntamiento, donde han puesto a mi disposición a un policía municipal (¡bravo tipo, uno más de la División Azul! pero que no me ha reconocido); provisto de

la llave, he podido con él vagar, mirar, soñar. Aquellos guerreros de antaño eran verdaderos poetas que escogían estos paisajes a su más adecuada medida.

1 N. de la R.: Se refiere al famoso Hotel Moderno, que funcionó en Astorga hasta los años setenta.

2 N. de la R.: En el capítulo anterior, León Degrelle se lamentaba de que en toda la ciudad de León sólo existía un hotel donde darse un baño: (...) *Desde Logroño busco una bañera.*

3 N. de la R.: Se está refiriendo a Ángel Herrero, recientemente fallecido.

4 N. de la R.: Es el monte Irago. Puede que no se entendiera bien en el original, porque es raro que el bien documentado Degrelle transcriba mal un nombre tan conocidos para los peregrinos a Compostela.

5 N. de la R.: Por la descripción que sigue, lo más probable es que Degrelle tomara la senda que desciende hacia el arroyo de Las Tejedas, que riega el valle que hay a la derecha de la carretera actual entre Foncebadón y Molinaseca. En la actualidad sigue siendo un paraje bellísimo, excepcionalmente bien conservado.

6 N. de la R.: Se trata del Hotel Madrid, en la avenida España.